

M A R I E B E N E D I C T

Un bestseller instantáneo de *USA Today*
y *The New York Times*



EL
SECRETO
DE
AGATHA



UNA NOVELA APASIONANTE SOBRE LA MISTERIOSA
DESAPARICIÓN DE LA REINA DEL CRIMEN

 Planeta

MARIE BENEDICT

EL SECRETO DE AGATHA

Traducción de Yara Trevethan Gaxiola

 Planeta

Título original: *The Mystery of Mrs. Christie*

© Marie Benedict, 2021

© por la traducción, Yara Trevethan Gaxiola, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Planeta México, S. A.

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-08-24821-7

Depósito legal: B. 12.536-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo uno

El manuscrito

12 de octubre de 1912

Casa Ugbrooke, Devon, Inglaterra

No pude haber puesto en palabras a un hombre más perfecto.

«Olvida tu carnet de baile», me susurró una voz mientras me abría paso entre la multitud hasta la pista. ¿Quién se atrevía a decir algo así? Sobre todo cuando iba del brazo de Thomas Clifford, un pariente lejano de los anfitriones, lord y lady Clifford de Chudleigh, y era el centro de atención de las damas solteras del baile en la Casa Ugbrooke.

«Impertinente —me dije—, incluso grosero.» Imaginé el escándalo si mi compañero de baile lo hubiera escuchado. Peor aún, ¿y si mi compañero de baile fuera el elegido —nuestro destino, como a mis amigas y a mí nos gustaba describir a los futuros maridos—, y hubiera tenido que distraerse de sus atenciones? Sin embargo, me

recorrió un escalofrío, y me pregunté quién se atrevería a tal insolencia. Me volví hacia el lugar de donde provenía la voz, pero los compases de la *Sinfonía n.º 1* de Elgar comenzaron a oírse y mi pareja me llevó a la pista.

Mientras bailábamos el vals traté de identificar al hombre entre el gentío que rodeaba la enorme pista de baile. Mami me regañaría por no concentrar la atención en el joven señor Clifford, pero según los rumores que había escuchado, el caballero, disponible y bien relacionado, necesitaba casarse con una heredera adinerada, por lo que no podía tener un interés legítimo en mí después de todo. Yo estaba casi en bancarrota, solo podía ofrecer la herencia de la residencia Ashfield, una propiedad que muchos considerarían una maldición más que una bendición, en particular porque no tenía dinero para mantenerla y la villa necesitaba reparaciones constantemente. El señor Clifford no era una oportunidad perdida, pero no tenía duda de que esa oportunidad en verdad se presentaría. ¿No es ese el destino de todas nosotras? ¿Que un hombre nos rechace y después la marea nos lleve a nuestro destino?

Docenas de hombres vestidos de gala estaban de pie en un rincón del dorado salón de baile, pero ninguno parecía un candidato probable para una invitación tan atrevida. Hasta que lo vi a él. Un hombre de cabello ondulado y rubio que estaba al borde de la pista, con la mirada fija en mí. Ni una sola vez lo vi conversar con ningún otro caballero, y tampoco advertí que intentara

acompañar a ninguna de las damas hasta la pista de baile. Solo se movió para acercarse a la orquesta y hablar con el director, después regresó a su lugar en el rincón.

Sonaron los últimos acordes de la orquesta y el señor Clifford me acompañó de regreso a mi lugar, junto a mi querida amiga Nan Watts, que jadeaba por haber dado un rápido recorrido alrededor de la sala con un hombre de rostro colorado, conocido de sus padres. Cuando la orquesta comenzó la siguiente melodía y un joven caballero rubicundo se precipitó para sacar a Nan, miré el carnet de baile que colgaba de mi muñeca por un listón rojo de seda para saber quién sería el siguiente.

Sobre mi muñeca apareció una mano. Miré los ojos azul intenso del hombre que me había estado observando. Por instinto aparté el brazo, pero de algún modo desató el carnet de la muñeca y entrelazó mis dedos con los suyos.

—Olvide su carnet solo durante una pieza —dijo con una voz queda y grave que reconocí como la del joven desvergonzado de hacía unos minutos. No podía creer lo que me pedía, y me asombró que me hubiera quitado el carnet. Permitir que otro hombre se inmiscuyera en la lista de caballeros que esperaban para bailar con una dama era algo que sencillamente no se hacía, aunque el cuadernillo se perdiera.

Creí oír los acordes característicos de una famosa melodía de Irving Berlin. Sonaba como *Alexander's Rag-time Band*, pero pensé que debía de estar equivocada.

Lord y lady Clifford nunca le hubieran pedido esta melodía tan moderna a su orquesta. De hecho, creí que estarían furiosos con esta desviación del protocolo; lo que estaba a la orden del día eran piezas clásicas y sinfónicas, combinadas con danzas tranquilas que con toda seguridad no enardecerían las pasiones de los jóvenes.

Observó la expresión de mi rostro mientras yo escuchaba la música.

—Espero que le guste Berlin —dijo con una sonrisa breve y satisfecha.

—¿Usted ha organizado esto? —pregunté.

Una sonrisa modesta cruzó su rostro, marcando dos hoyuelos en las mejillas.

—He oído que le ha dicho a su amiga que deseaba escuchar un poco de música moderna.

—¿Y cómo lo ha hecho?

Me asombró no solo su audacia, sino también su determinación. Era más bien halagador. Nadie jamás había tenido un gesto tan impresionante conmigo. Desde luego ninguno de los corrientes pretendientes que mi madre trató de endilgarme durante mi presentación en sociedad hacía dos años, en El Cairo; un esfuerzo necesario, ya que el coste de la presentación en Londres —los numerosos vestidos de moda, las fiestas a las que hay que asistir y que hay que ofrecer, el precio del alquiler de una casa en la ciudad para la temporada— era demasiado alto para los escasos recursos de Mami. Y ni siquiera el querido Reggie, a quien conocía de toda la vida como

el agradable hermano mayor de mis queridas amigas, las hermanas Lucy —pero que solo recientemente se convirtió en mucho más que un amigo de la familia—, había hecho un esfuerzo parecido. Reggie y yo habíamos llegado a un acuerdo, entre nosotros y nuestras familias: que nuestras vidas y nuestros nombres estarían algún día vinculados por el matrimonio. Un futuro enlace imperfecto, pero enlace, al fin y al cabo. Sin embargo, ahora que considero esa unión en el contexto de este emocionante cortejo, me parece una aventura tranquila aunque conveniente.

—¿Eso es importante? —preguntó.

De pronto me sentí abrumada por completo. Bajé la mirada, un violento rubor invadió mi rostro y sacudí la cabeza.

—Esperaba que bailara conmigo. —Su voz era grave y firme.

Aunque podía oír la voz de Mami en mi cabeza advirtiéndome que no bailara con un hombre al que no me habían presentado formalmente —sin contar con que, de alguna manera, se las había arreglado para obtener una invitación al baile de la Casa Ugbrooke y me había arrancado el carnet de baile—, respondí:

—Sí.

Porque, en verdad, ¿puede un baile ser peligroso?

Capítulo dos

Día uno después de la desaparición
Sábado, 4 de diciembre de 1926
Hurtmore Cottage, Godalming, Inglaterra

El orden impecable de la mesa del desayuno de los James le inspira una sensación de corrección y alegría que pocas veces ha vivido desde que regresó de la guerra. Los cubiertos resplandecientes están colocados junto a la porcelana Minton, cada utensilio está alineado exactamente con el siguiente. Los platos, grabados con delicadeza —en un patrón Grasmere, él cree—, se hallan a cinco impecables centímetros del borde de la mesa, y el arreglo floral —un pequeño y elegante ramo de acebos de temporada y follaje— está dispuesto en el centro. «Por Dios —piensa—, este es el tipo de orden que hace sentir cómodo a un hombre.»

¿Por qué su hogar no tiene este grado de perfección?
¿Por qué debe agredirlo constantemente esa falta de rigor doméstico, y las emociones y necesidades de sus ha-

bitantes? Con estos pensamientos, una indignación justificada crece en su interior, y se siente en todo su derecho.

—Creo que esto merece un brindis —anuncia Sam James, su anfitrión, al tiempo que asiente hacia su esposa, Madge.

A su vez ella hace una seña a la sirvienta uniformada, quien toma una botella de champán que se ha estado enfriando en un cubo de cristal sobre el trinchador.

—Archie, anoche hubiéramos querido brindar por sus planes, pero la inesperada visita del reverendo... —comienza a explicar Madge.

Un tinte rosado empieza a recorrer las mejillas de Nancy y, aunque se ve encantadora con el rostro encendido, Archie comprende que la insistencia de los James en la situación que viven es la causa del malestar de ella y desea tranquilizarla. Levanta la mano y dice:

—Agradezco mucho el gesto, querida Madge, pero no es necesario.

—Por favor, Archie —insiste Madge—. Todos estamos muy contentos con sus planes. Y tendrá muy pocas oportunidades para celebrarlos.

—Insistimos. —Sam se hace eco de las palabras de su esposa.

Volver a negarse sería descortés; Nancy lo comprende de manera implícita. Este sentido del decoro es una cualidad que comparten, y a él le entusiasma que ella sea así. Evita la necesidad de la mano firme que guíe hacia la rec-

titud que él debe ejercer en otros ámbitos de su vida. Especialmente en su casa.

—Sam, Madge, muchas gracias. Su apoyo significa mucho —responde.

Nancy asiente.

Las copas de cristal centellean en lo alto con el champán color miel, mientras la criada las escancia una a una. Cuando termina de servir la última copa suenan unos golpes en la puerta del comedor.

—Disculpe la interrupción, señor —la voz de una mujer con un fuerte acento campesino se oye del otro lado de la puerta—, pero el coronel tiene una llamada telefónica.

Él intercambia una mirada de asombro con Nancy. No esperaba la llamada tan pronto, si alguna vez llegaba, en particular porque había mantenido su paradero lo más en secreto posible. Por razones obvias. Nancy deja su copa en la mesa y toca suavemente el codo de él sobre el mantel almidonado de lino. Es un reconocimiento mudo de su preocupación compartida por esa llamada.

—Discúlpenme —dice con una inclinación de cabeza hacia sus anfitriones, quienes colocan sus copas de nuevo sobre la mesa.

Se pone de pie, se abotona la americana e inclina la cabeza hacia Nancy, con una confianza que no siente. Sale a grandes zancadas del comedor y cierra la puerta con cuidado detrás de él.

—Por aquí, señor —dice la criada.

Él la sigue hasta una pequeña habitación que está debajo de la intrincada escalera de madera tallada de Hurtmore Cottage, un nombre poco apropiado para esta gran residencia. Ahí está el teléfono de pie, y lo espera el auricular sobre el escritorio.

Se sienta en la silla frente al escritorio, coloca el auricular en su oreja y el micrófono frente a sus labios. Pero no hablará hasta que la criada haya cerrado la puerta tras ella.

—Sí... —Odia la inseguridad que nota en su voz. Nancy aprecia su confianza en sí mismo, sobre todas las cosas.

—Lo siento mucho, señor. Soy Charlotte Fisher.

¿Qué demonios está pensando Charlotte al llamarlo allí? Él le confió que estaría en Hurtmore Cottage con la mayor de las advertencias. Aunque había hecho todo lo posible en los últimos meses para ganarse el favor de la secretaria y gobernanta de la familia —que él cree necesario para llevar a cabo la transición tranquila que desea—, esta vez no se esfuerza en ser condescendiente y ocultar su enojo. Al diablo las consecuencias.

—Charlotte, me parece haberte advertido que no me llamas aquí salvo en caso de extrema urgencia.

—Es que, coronel... —tartamudea—. Estoy en el vestíbulo, en Styles, junto al oficial Roberts.

Charlotte hace una pausa. ¿En verdad piensa que la sola mención de la presencia del oficial de policía en su casa lo explica todo? ¿Qué quiere que responda? Ella es-

pera que él hable y, en el silencio, el miedo se apodera de él. No encuentra las palabras. ¿Qué sabe ella? Pero lo más importante, ¿qué sabe el oficial? Cada palabra le parece una trampa en la que puede caer.

—Señor —continúa al ver que él no habla—, considero que esto es de extrema urgencia. Su esposa está desaparecida.